

de tan maravillosas conquistas, y su nombre, llevado en alas de la fama, vólo por toda la Europa como el del primer general francés.

No bastaba haber conquistado la Holanda; era preciso conducir en ella con prudencia y política. Por de pronto importaba no avasallar el país para no indisponer á los habitantes, y después de esto debía darse á Holanda una dirección política y se iba á chocar con dos opiniones contrarias. Los unos querían que la conquista fuese útil á la libertad, insurreccionando aquel país; los otros deseaban que no se hiciese alarde de un exagerado espíritu de proselitismo, á fin de no alarmar de nuevo á Europa, dispuesta á reconciliarse con Francia.

La primera diligencia de los representantes fué publicar una proclama en la que declaraban que respetarían todas las propiedades particulares, excepto las del estatúder; que siendo este último el único enemigo de la república francesa, sus propiedades pertenecían á los vencedores, como indemnización de los gastos de guerra, y que los franceses entraban como amigos en la nación báltava, no para imponerle un culto ni una forma de gobierno cualquiera, sino para librarla de sus opresores, devolviéndola los medios de emitir su voto. Esta proclama, seguida de los mejores efectos, produjo la impresión más favorable. En todos los puntos se renovaron las autoridades bajo la influencia francesa; excluyéronse de los Estados algunos individuos que se introdujeron sólo por recomendación del estatúder, y eligióse por presidente á Péter Paulo, ministro de Marina antes de caer el partido republicano en 1787, hombre distinguido y muy afecto á su país.

Esta Asamblea abolió para siempre el estatúderato, proclamando la soberanía del pueblo; dió cuenta de ello á los representantes, y sometió en cierto modo á su juicio aquel acuerdo. Después comenzó á ocuparse en hacer una constitución, confiando á una administración interina los asuntos del país. De los ochenta ó noventa navios de que constaba la marina militar de Holanda, hallábanse cincuenta en los puertos, y se conservaron para la república báltava, habiendo sido apresados los otros por los ingleses. El ejército holandés, disuelto desde la marcha del príncipe de Orange, hubo de reorganizarse bajo un nuevo pie y á las órdenes del general Daendels. En cuanto al famoso banco de Amsterdam, descubrióse por fin el misterio de su caja. ¿Había continuado sirviendo de banco de depósito, ó lo era de descuento, prestando á la Compañía de las Indias, al gobierno y á las provincias? Tal era la pregunta que todos se dirigían hacía mucho tiempo y que disminuía singularmente el crédito de este banco célebre. Reconocióse que había prestado por valor de unos ocho ó diez millones de florines sobre las obligaciones de la Compañía de las Indias, de la caja de descuentos, de la provincia de Frisia y de la ciudad de Amsterdam, lo cual era una violación de sus estatutos; pero pretendióse que por lo demás no había déficit, porque estas obligaciones representaban valores seguros.

Sin embargo, era preciso que la Compañía, la caja de descuentos y el gobierno pudiesen pagar, á fin de que las obligaciones aceptadas por el banco no diesen lugar á ningún déficit.

No obstante, mientras que los holandeses pensaban regularizar el estado de su país, necesitábase también proveer á las necesidades del ejército francés, que carecía de todo. Los representantes hicieron una requisita de paños, zapatos, uniformes de toda especie, víveres y municiones que el gobierno interino se comprometió á satisfacer. Esta requisita, sin ser excesiva, era suficiente para equipar el ejército y mantenerle. El gobierno francés invitó á las ciudades á que aprontase cada una el cupo de la requisita, diciéndolas con razón que era necesario apresurarse á satisfacer á un vencedor generoso que pedía y no tomaba y que únicamente exigía lo que le dictaban sus necesidades. Manifestáronse las ciudades activas en este asunto, aprontando con la mayor exactitud los objetos requisados. Después se hizo un arreglo para la circulación de los asignados, pues los soldados recibían su paga en papel, y era preciso que este papel corriese como moneda para que pudieran pagar lo que tomasen.

El gobierno holandés dió resolución acerca de esto, obligando á los tenderos y mercaderes á recibir los asignados de los soldados franceses, á razón de nueve sueldos por franco, no pudiendo vender por más de diez francos á un mismo soldado y debiendo después al fin de cada semana presentarse á los ayuntamientos, que recibían los asignados por el precio en que se habían tomado; y gracias á estos arreglos, el ejército que tanto había sufrido se halló por fin en la abundancia y empezó á coger el fruto de sus victorias.

No menos sorprendentes que en Holanda eran nuestras victorias en España, donde á favor del clima habían podido continuarse las operaciones. Dugommier, dejando los altos Pirineos, se presentó á la vista de la línea enemiga, atacando por tres puntos la larga cordillera de posiciones tomadas por el general conde de la Unión. El valiente Dugommier quedó muerto de un balazo en el ataque del centro; la izquierda no fué muy feliz; pero la derecha, gracias al valor y energía de Augereau, obtuvo una completa victoria. Dióse el mando á Pérignon, que empezó el ataque el 30 brumario (20 de noviembre), logrando un triunfo decisivo. El enemigo huyó desordenadamente, dejándonos el campo atrincherado de Figueras. El terror que se apoderó de los españoles hizo que el comandante de esta plaza la entregara el 9 frimario, y así entramos en una de las primeras fortalezas de Europa. Tal era nuestra posición en Cataluña.

En los Pirineos occidentales tomamos á Fuenterrabía, San Sebastián y Tolosa, ocupando toda la provincia de Guipúzcoa. Moncey, que substituyó al general Müller, atravesó las montañas y llegó hasta las puertas de Pamplona; creyéndose sin embargo en posición muy arriesgada, retrocedió, y defendido por otras más seguras, aguardaba que volviese la primavera para penetrar en las Castillas.

Así, el invierno no pudo contener el curso de aquella inmortal campaña, que acababa de terminarse en la estación de las nieves, es decir, en enero y febrero. Si la brillante campaña de 93 nos salvó de la invasión con los levantamientos de los sitios de Dunkerque, Maubeuge y Landau, la de 94 acababa de abrirnos el camino de las conquistas, dándonos la Bélgica, la Holanda, el país comprendido entre el Mosa y el Rhin, el Palatinado, la línea de los Alpes mayores, la de los Pirineos

y muchas plazas en Cataluña y en Vizcaya. Después veremos mayores prodigios; pero estas dos campañas vivirán en la historia como las más nacionales, las más legítimas y las más honrosas para la Francia.

No podía resistir la coalición á tantos y tan violentos ataques. El gabinete inglés, que por los desaciertos del duque de York sólo había perdido los Estados de sus aliados, y que á pretexto de devolverlos al estatúder acababa de apoderarse de cuarenta ó cincuenta embarcaciones y estaba dispuesto á hacerlo con el mismo pretexto de las colonias holandesas, el gabinete inglés podía no tener prisa para concluir la guerra, pues antes bien temía verla terminada con la disolución de la liga; pero la Prusia, que veía á los franceses en las orillas del Rhin y Ems prontos á lanzarse sobre ella como un fuerte torrente, no vaciló un momento, sino que inmediatamente envió al cuartel general de Pichegrú un comisionado que estipulase una tregua y prometiese entablar en seguida negociaciones de paz. Escogióse para punto de las negociaciones á Basilea, donde la república francesa tenía un agente que había merecido muchas consideraciones de los suizos por su instrucción y templanza. El pretexto que se dió para elegir este sitio, fué que en él se podía tratar con más secreto y tranquilidad que en París, donde aún hervían muchas pasiones y donde se agitaban infinitas intrigas extranjeras; pero el verdadero motivo era otro. Poponiendo tratos de paz á aquella república que habían supuesto se disiparía con la sola marcha de un ejército, querían encubrir la confesión de su derrota y prefirieron buscar la paz en país neutral á lograrla en medio de París. El comité de salvación pública, menos altivo que el que había cesado, conociendo la necesidad de apartar á la Prusia de la liga, consintió en dar á su agente en Basilea poderes suficientes para negociar. La Prusia envió por sí al barón de Goltz, y se canjearon los poderes en Basilea el 3 pluvioso, año III (22 de enero de 1795).

Iguales deseos que la Prusia tenía el imperio de separarse de la coalición. La mayor parte de sus individuos, no pudiendo aprontar el contingente y los subsidios votados á impulsos del Austria, se habían dejado apremiar inútilmente durante toda la campaña á cumplir sus promesas, y excepto los que tenían sus Estados comprometidos al otro lado del Rhin y veían que la república no se los devolvería mientras no la precisasen á hacerlo, todos deseaban la paz. La Baviera, la Suecia por el ducado de Holstein, el elector de Maguncia y á otros muchos Estados habían dicho que era tiempo de terminar una guerra ruinosa por medio de una paz favorable; que el imperio germánico no llevaba más objeto que conservar los pactos de 1648, no tomando interés sino por sus Estados vecinos de la Alsacia y la Lorena; que pensaba en su conservación y no en su engrandecimiento; que nunca había sido ni podía ser su designio mezclarse en el gobierno interior de la Francia; que debía hacerse cuanto antes esta pacífica declaración para poner término á los males que afligían á la humanidad, y que la Suecia, responsable de los pactos de 1648 y afortunadamente neutral en medio de esta universal guerra, podía encargarse de ser la mediadora. Acogióse esta proposición por mayoría de votos, pues sólo el elector de Tréveris, privado de sus Estados, y el enviado imperial de Bohemia y Austria, habían de-

ciarado que debía procurarse la paz indudablemente pero que no era posible con un país sin gobierno. Finalmente, el 25 de diciembre publicó la dieta una *conclusión* que se inclinaba á la paz, con la única excepción de decidir después quién debería hacer las proposiciones. La *conclusión* se reducía á que mientras se hiciesen los preparativos de una nueva campaña, podían también establecerse negociaciones de paz, y que indudablemente la Francia, compadecida de las desgracias de la humanidad y convencida de que no



Pichegrú

trataban de mezclarse en sus negocios interiores, otorgaría honrosas condiciones para ambos partidos.

De esta manera procuraban todos reparar á tiempo su desacuerdo. El Austria, aunque extenuada por sus esfuerzos, había perdido mucho con los Países Bajos para pensar en deponer las armas, y la España, que hubiera querido retirarse, como se hallaba enredada en las intrigas inglesas y se inclinaba por una falsa vergüenza á la causa de la emigración francesa, no se atrevía aún á pedir la paz.

El desaliento que se apoderaba de los enemigos exteriores de la república se comunicaba también á los domésticos. Los vendeanos, divididos y debilitados, no estaban muy lejos de la paz, y para decidirlos no se necesitaba más que proponérselo con maña y persuadirles de que era sincera. Las fuerzas de Stofflet, Sapinaud y Charette se habían reducido notablemente y sólo á la fuerza podían hacer marchar á sus paisanos. Éstos, cansados de verter sangre y especialmente arruinados por la guerra, la hubieran abandonado de buena gana; de modo que sólo quedaban enteramente afectos á sus jefes algunos hombres de genio militar, contrabandis-

tas, desertores, cazadores furtivos, para quienes se habían hecho necesarios el combate y el robo, cansados ya de los trabajos agrícolas; pero éstos eran los menos y componían la tropa escogida, yendo siempre reunidos, aunque sin ser bastantes á contrarrestar los esfuerzos republicanos (1). Sólo con mucho trabajo se lograba en los días de expedición arrancar de sus campos á los paisanos; de manera que los tres jefes vendeanos tenían poquísimas fuerzas, y para colmo de desgracia se hallaban desunidos. Hemos visto que Stofflet, Sapinaud y Charette habían hecho en Jalais convenios que eran sólo una próroga á sus rivalidades. Stofflet, incitado por el ambicioso Bernier, trató de organizar su ejército aparte, creando una hacienda, una administración y todo lo que constituye un poder regular, con cuyo objeto quiso fabricar papel moneda. Charette, celoso de Stofflet, se opuso á sus designios, y auxiliado por Sapinaud, de quien disponía, intimó á Stofflet que renunciase á su proyecto y compareciese ante el consejo común formado por el convenio de Jalais; lo cual era en cierto modo privarle del mando, porque en Jalais se habían reconocido mutuamente sus títulos. La desavenencia era pues completa, no permitiéndoles remediar los males. A pesar de que los agentes realistas de París tenían comisión para entablar correspondencia con Charette, haciéndole llegar las cartas del regente, nada le habían remitido aún.

Igual espectáculo ofrecía la división de Scepeaux entre el Loira y el Vilaine, y aunque en Bretaña estuviese algo más viva la energía, sólo podía atribuirse á que la guerra había hecho allí menos estragos. Los chuanes eran unos ladrones que no se cansaban de serlo y por otra parte tenían un jefe único de una constancia sin igual, que reanimaba su ardor próximo á extinguirse; pero este jefe, que, como hemos dicho, no aguardaba para marcharse sino terminar la organización de la Bretaña, acababa de pasar á Londres para entrar en comunicación con el gabinete inglés y los príncipes franceses. Puisaye había dejado, para que le reemplazase en el comité central en el concepto de mayor general, á un tal Desoteux, que se decía barón de Cormatin. Los emigrados, que tanto abundaban en las cortes de Europa, eran muy escasos en la Vendée, en Bretaña y en cuantas partes se hacía la penosa guerra civil. Afectaban gran desprecio á esta clase de servicio que llamaban *chouanner*, y por esta razón, faltando personas, Puisaye había echado mano de aquel aventurero que acababa de revestirse con el título de barón de Cormatin, porque su mujer heredó en Borgoña una pequeña baronía así llamada. Había sido sucesivamente revolucionario acalorado, oficial de Bouillé, después caballero del puñal, y últimamente emigrado por el afán de figurar en todas partes. Era un energúmeno que hablaba y gesticulaba con la mayor vivacidad y apto para representar cualquier papel. Este fué el hombre, que sin conocerle á fondo, dejó Puisaye en Bretaña.

(1) Á causa de estos encuentros parciales, había muerto algún tiempo antes uno de los principales jefes de la sublevación vendeano, Mr. de Larochejacquelein. Acompañado éste cierto día de un solo jinete vió pasar por el camino un granadero republicano, y lanzó sobre él su caballo gritándole: «¡Ríndete!» El soldado se volvió y le disparó el fusil con tanto acierto que Larochejacquelein cayó muerto del caballo. A la sazón no tenía más que veintidós años. Su compañero mató al soldado.

Había tenido gran cuidado Puisaye de organizar una correspondencia por las islas de Jersey; pero, prolongándose su ausencia, se extraviaban muchas cartas. Cormatin no era capaz de suplirle y reanimar á la tropa; de modo que los jefes se hallaban impacientes y desanimados, viendo que con la clemencia de la Convención se iban calmando los odios y disolviéndose los elementos de la guerra civil. La presencia de un general como Hoche no era muy á propósito para infundirles aliento; de suerte que la Bretaña, aunque menos exhausta que la Vendée, se hallaba también dispuesta á recibir una paz mañosamente propuesta.

Tanto Canclaux como Hoche eran capaces de verificarla, pues ya hemos visto á Canclaux en la primera guerra de la Vendée, que dejó en el país una alta reputación de juicio y pericia. El ejército que le dieron á mandar se hallaba sumamente debilitado por los continuos refuerzos enviados á los Pirineos y al Rhin y además totalmente desorganizado por su larga permanencia en los mismos puntos. Se hallaba indisciplinado como consecuencia del desorden que suele haber en las guerras civiles, y de aquí provenían el saqueo, el desenfreno, la embriaguez y las enfermedades. Esta era la segunda caída de aquel ejército desde que empezó tan funesta guerra, pues de los cuarenta y seis mil hombres que le formaban, se hallaban en los hospitales quince ó diez y ocho mil, y de los treinta mil restantes, mal armados, la mitad estaban de guarnición en las plazas; de forma que sólo había disponibles quince mil. Consiguió Canclaux que le diesen veinte mil hombres, catorce mil sacados del ejército de Brest, y seis mil del de Cherburgo, con cuyo refuerzo dobló todos los puntos, ganó de nuevo el campamento de Sorinieres, cerca de Nantes, que poco antes cayera en poder de Charette, y se encaminó á Layón, que formaba la línea defensiva de Stofflet en el Alto Anjou. Después de haber tomado esta actitud imponente, hizo circular con profusión los decretos y proclamas de la Convención y envió comisionados á todo el país.

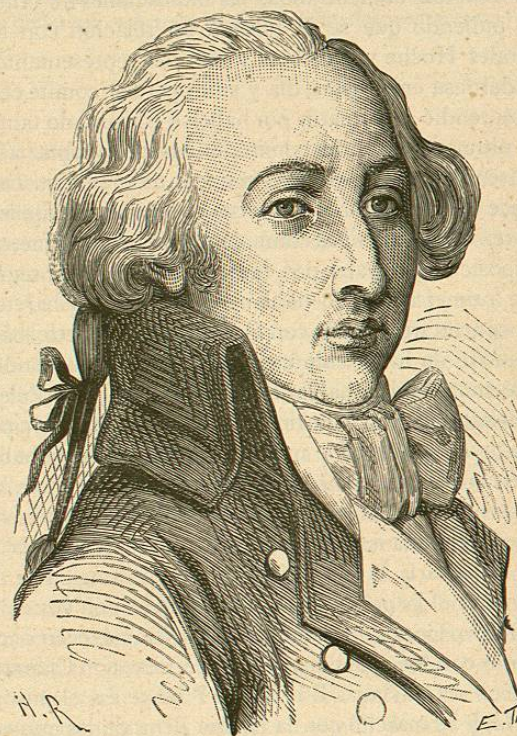
Acostumbrado Hoche á la guerra en gran escala, y dotado de las cualidades para hacerla, veíase con desesperación condenado á una guerra civil sin generosidad, sin combinaciones y sin glorias. Primeramente había pedido su reemplazo, pero resignóse muy pronto á servir á su país en un mando desagradable y demasiado obscuro para su talento. No obstante, iba á ser recompensado por su resignación, hallando en el teatro mismo que deseaba abandonar la ocasión de ejercer las dotes de hombre de Estado tanto como las de general. Su ejército estaba completamente debilitado por los refuerzos enviados á Canclaux, y apenas tenía cuarenta mil hombres mal organizados para guardar un país montañoso, cubierto de bosque, y más de trescientas cincuenta leguas de costas desde Cherburgo á Brest. Prometiéronle doce mil hombres procedentes del Norte, y habiendo pedido sobre todo soldados acostumbrados á la disciplina, comenzó al punto á corregir en los suyos los vicios contraídos en la guerra civil. «Es preciso, decía, no poner á la cabeza de nuestras columnas sino hombres que conozcan la disciplina, que sean tan valerosos como moderados y que puedan servir como mediadores tanto como para guerreros.» Formó con ellos un gran número de pequeños campamentos, recomen-

dándoles que se diseminaran por grupos de cuarenta y cincuenta, procuraran tomar conocimiento de la localidad, se acostumbrasen á la guerra de sorpresas, lucharan en astucia con los chuanes, hablaran con los campesinos, relacionándose con ellos, y los tranquilizasen para obtener su amistad y hasta su concurso. «No perdamos de vista, escribió á sus oficiales, que la política debe tener mucha parte en esta guerra. Seamos á la vez humanos, virtuosos y probos, valiéndonos á un tiempo de la fuerza y de la astucia con la dignidad que conviene á los republicanos.» En poco tiempo comunicó á este ejército otro aspecto y diferente actitud, restableciéndose el orden indispensable para la pacificación. Él fué quien usando á la vez de indulgencia y severidad, escribió las siguientes hermosas palabras á uno de sus oficiales, que se quejaba demasiado amargamente de algunos excesos de embriaguez: «¡Bah!, amigo mío, si los soldados fueran filósofos no se batirían!. Corrijamos, sin embargo, á los borrachos, si la embriaguez les hace faltar á su deber.» Hoche había formado las ideas más exactas acerca del país y el modo de pacificarle. «Estos campesinos, escribía, necesitan sacerdotes; dejádselos, puesto que los quieren. Muchos han sufrido y anhelan volver á su vida agrícola; dénselos, pues, auxilios para reparar sus granjas. En cuanto á los que se han acostumbrado á la guerra, no es posible que permanezcan en su país, pues le perturbarían con su ociosidad y su inquietud; es preciso formar legiones y alistarlas en los ejércitos de la república; serán excelentes soldados de vanguardia, y su odio á la coalición, que no los ha socorrido, nos garantiza su fidelidad. Por otra parte, ¿qué les importa la causa? Lo que necesitan es la guerra. Acordaos, añadía, de las partidas de Duguesclín cuando iban á destronar á D. Pedro el Cruel, y del regimiento levantado por Villars en las Cevenas.» Tal era el joven general llamado para pacificar aquel desgraciado país.

Los decretos de la Convención, circulados profusamente en la Vendée y en Bretaña; la libertad de los sospechosos, así en Nantes como en Rennes; la gracia concedida á la señora de Bonchamp, que se libró por un decreto de la sentencia de muerte pronunciada contra ella; la anulación de todas las condenas no ejecutadas; la libertad concedida al ejercicio de cultos, la prohibición de saquear las iglesias, la liberación de los sacerdotes y el castigo de Carrier y de sus cómplices comenzaron á producir el efecto que se esperaba en ambos países, disponiendo los ánimos para aprovecharse de la amnistía común prometida á los jefes y soldados. Los odios se apaciguaban, y con ellos el furor. Los representantes comisionados en Nantes tuvieron entrevistas con la hermana de Charette, y por su conducto hicieron llegar el decreto de la Convención á manos de aquél. Hallábase entonces en gran apuro, y aunque de carácter muy tenaz, no le quedaba ya esperanza alguna. La corte de Verona, donde era tan admirado, como antes hemos visto, nada hacía sin embargo por él. El regente acababa de escribirle una carta en la que le nombraba teniente general, llamándole segundo fundador de la monarquía; pero confiada á los agentes de París esta carta, que cuando menos hubiera alimentado su vanidad, no llegó á su poder. Por primera vez había pedido socorros á Inglaterra, enviando á Londres á su

joven ayudante de campo La Roverie, mas no había recibido noticias. Así pues, no merecía una palabra de recompensa ó de estímulo, ni de aquellos príncipes por quienes se sacrificaba, ni de aquellas potencias cuya política secundaba. En su consecuencia, consintió en una entrevista con Canclaux y los representantes del pueblo.

La hermana de uno de los jefes rebeldes proporcionó en Rennes la conferencia anhelada. Un tal Botidoux, uno de los principales chuanes del Morbihán, había sabido que su hermana, que estaba en Rennes, acababa de ser encerrada por su causa; invitaronle á dirigirse á dicho punto para obtener su libertad, y el representan-



Cormatin

te Boursaul le entregó la prisionera, agasajóle, le tranquilizó sobre la intención del gobierno, y pudo convencerle de la sinceridad del decreto de amnistía. Botidoux se comprometió entonces á escribir á un tal Bois-Hardí, joven é intrépido chuan que mandaba la división de las costas del Norte y considerado como uno de los más temibles rebeldes. «¿Cuáles son vuestras esperanzas?, le decía: los ejércitos republicanos son dueños del Rhin; Prusia pide la paz; no podéis contar con la palabra de Inglaterra ni con jefes que os escriben sólo de Ultramar ó que os han abandonado bajo el pretexto de ir á buscar socorros. No podéis hacer sino una guerra de asesinatos.» Bois-Hardí, sorprendido con esta carta y no pudiendo dejar las costas del Norte, donde las hostilidades, activas aún, exigían su presencia, invitó al comité central á reunirse con él para contestar á Botidoux.

El comité, á cuya cabeza estaba Cormatin, como mayor general de Puisaye, pasó á reunirse con Bois-Hardí. Había en el ejército republicano un joven general, audaz, valeroso, de mucho ingenio y dotado sobre todo de esa astucia que se cree propia de la industria que había ejercido en otro tiempo, la de *chalan*: este era el general Humbert. «Era, dice Puisaye, del número de

aquellos que han probado que un año de práctica en la guerra suple ventajosamente á todos los aprendizajes de explamada.» Escribió una carta cuyo estilo y ortografía fueron denunciados al comité de salvación pública, pero que era la que convenía para convencer á Bois-Hardí y Cormatín.

Hubo una entrevista, y Bois-Hardí, mostrando la desenvoltura de un militar joven é intrépido, sin odio alguno, que se batía por inclinación más bien que por fanatismo, no se comprometió á nada, dejando que Cormatín lo hiciese. Este último, dejándose llevar de su inconsecuencia habitual, y lisonjeado al ver que se le llamaba á tratar con los generales de la poderosa república francesa, escuchó todas las indicaciones de Humbert, pidiendo que se le pusiera en relación con los generales Hoche y Canclaux y con los representantes. Acordáronse entrevistas, día y sitio; pero el comité central reprendió á Cormatín por haberse adelantado tanto. Este último aseguró al comité, uniendo la doblez á la inconsecuencia, que no quería hacer traición á su causa; que al aceptar una entrevista, proponíase observar de cerca á los enemigos comunes y juzgar de sus fuerzas y disposiciones. Daba dos razones importantes, según él: en primer lugar, no habían visto jamás á Charette, ni se concertaron jamás con él, y al solicitar verle, bajo el pretexto de hacer común la negociación á la Vendée y á Bretaña, podría hablarle de los proyectos de Puisaye, invitándole á concurrir á ellos. En segundo lugar, Puisaye, compañero de infancia de Canclaux, le había escrito una carta capaz de convencerle, haciéndole las ofertas más brillantes para ganarle á la monarquía. So pretexto de una entrevista, Cormatín le entregaría la carta y acabaría la empresa de Puisaye. Fingiéndose de este modo el papel de hábil diplomático con sus colegas, obtuvo Cormatín la autorización para negociar oculta-mente con los republicanos, concertarse con Charette y seducir á Canclaux. Escribió á Puisaye en el mismo sentido, y se marchó con la cabeza llena de las más encontradas ideas, unas veces muypreciado de que iba á engañar á los republicanos, conspirar á su vista y arrebatarles un general; otras orgulloso porque iba á ser el mediador entre los rebeldes y los representantes de la república, hallándose en esta oposición de

ideas dispuesto á ser engañado cuando quería engañar.

Vió á Hoche, pidiéndole primeramente una tregua provisional, y exigió después la facultad de visitar á todos los jefes de los chuanes, uno después de otro, para inspirarles miras pacíficas, avistándose con Canclaux, y sobre todo con Charette, á fin de concertarse con este último diciéndole que los bretones no podían separarse de los vendeanos. Hoche y los representantes le concedieron lo que pedía, pero designando á Humbert para que le acompañase y asistiera á todas las entrevistas. Cormatín, satisfechos sus deseos, escribió al comité central y á Puisaye que sus artificios tenían buen resultado; que engañaba á los republicanos; que iba á alentar á los chuanes, dando el santo á Charette, invitándole sólo á contemporizar mientras llegaba la gran expedición, y por último, que se proponía seducir á Canclaux. Comenzó, pues, á recorrer la Bretaña, viendo á todos los jefes y admirándoles con palabras de paz y aquella tregua singular, y como no todos comprendían su astucia iban desanimándose.

La suspensión de las hostilidades hacía desear el sosiego y la paz, y sin que Cormatín lo sospechase, adelantaba la pacificación. Él mismo comenzaba á inclinarse á ella; y mientras pretendía burlar á los republicanos, éstos le engañaban á él sin querer. Entretanto habíase fijado con Charette el día y sitio de la entrevista, que era cerca de Nantes, adonde debía trasladarse Cormatín para dar principio á las negociaciones. Cada día más apurado con los compromisos á que se obligaba respecto á los republicanos, comenzó á escribir más de tarde en tarde al comité central, y viendo éste el giro que iban á tomar las cosas, escribía á Puisaye en vivo: «Apresuraos á llegar, porque los ánimos están vacilantes y los republicanos seducen á los jefes. Es preciso venir, aunque no sea más que con doce mil hombres, dinero, sacerdotes y emigrados. Llegad antes de fin de enero (pluvioso).» Así pues, mientras que la emigración y las potencias fundaban tantas esperanzas en Charette y en la Bretaña, una negociación iba á pacificar los dos países. En pluvioso (enero-febrero) la república trataba por lo tanto en Basilea con una de las principales potencias, y en Nantes con los realistas que hasta entonces la habían combatido y desconocido.

CAPÍTULO XXVII

Se abren de nuevo los salones, los teatros y las reuniones literarias.—Establecimiento de las escuelas primarias, normal, de derecho y de medicina.—Decretos relativos al comercio, á la industria y á la administración de justicia y de cultos.—Escasez de subsistencias en el invierno del año III.—Destrucción de los bustos de Marat.—Abolición del *maximum* y de las requisas.—Sistemas diversos sobre los medios de retirar los asignados.—Aumenta la escasez en París.—Repósición de los diputados girondinos.—Escenas tumultuosas con motivo de la escasez.—Agitación de los revolucionarios.—Insurrección del 12 germinal.—Detalles de esta jornada.—Destierro de Barrere, Billaud-Varennes y Collot d'Herbois.—Arresto de varios diputados montañeses.—Disturbios en las ciudades.—Desarme de los patriotas.

Dispersos estaban los jacobinos, perseguidos los principales agentes ó jefes del gobierno revolucionario, muerto Carrier, acosados otros varios representantes á causa de las comisiones que desempeñaron, y por último, detenidos Collot d'Herbois, Barrere, Billaud-Varennes y Vadier, quienes debían comparecer muy pronto ante el tribunal de sus colegas. Mientras que Francia trataba de vengarse así de los hombres que exigieron de ella esfuerzos dolorosos, condenándola á un régimen terrible, volvía con pasión á los placeres, á las dulzuras de las artes y de la civilización de que la privaron un instante aquellos hombres. Ya hemos visto con qué ardimiento se preparaban á gozar de aquel invierno, con qué gusto singular y nuevo habían tratado las mujeres de adornarse y con qué afición se iba á los conciertos de la calle Feydeau. Ya estaban abiertos todos los teatros: los actores de la comedia francesa habían salido de la cárcel, reapareciendo en escena Larive, Saint-Prix, Molé, Dazincourt, Saint-Phal y las señoritas Contat y Davienne. Se asistía á los teatros con entusiasmo; aplaudíase todo cuanto podía hacer alusión al terror; se cantaba el *Despertar del pueblo* y proscríbese la *Marsellesa*. En los palcos se presentaban las bellezas de la época, esposas ó amigas de los termidorianos, y en el patio la juventud dorada de Fréron, que parecía burlarse con sus placeres, sus adornos y su buen gusto de aquellos terroristas sanguinarios y groseros, que según decían, quisieron ahuyentar toda civilización. Asistíase á los bailes con el mismo afán: dióse uno en el que todas las personas que asistieron habían perdido parientes en la revolución y se le llamó *el baile de las víctimas*.

También se abrieron de nuevo los sitios públicos consagrados á las artes. La Convención, que con todas las pasiones tuvo las grandes ideas, había ordenado la formación de un museo, donde se agregarán á los cuadros que ya tenía Francia los que nos proporcionaba la conquista, habiéndose trasladado ya los de la escuela flamenga, tomados en Bélgica. El Liceo, donde Laharpe celebró antes la filosofía y la libertad con gorro encarnado; el Liceo, cerrado en la época del terror, acababa de abrirse al público, gracias á los beneficios de la Convención, que hizo una parte de los gastos del establecimiento, distribuyendo algunos centenares de tarjetas á los jóvenes de cada sección. Allí se oía á

Laharpe declamar contra la anarquía, el terror, el envilecimiento de la lengua, el *filosofismo* y todo cuanto elogió en otro tiempo, antes que aquella libertad que celebraba sin conocerla hubiese atemorizado su alma tímida.

La Convención había concedido pensiones á casi todos los literatos y sabios, sin distinción de opiniones. Acababa de decretar el establecimiento de las escuelas primarias, donde el pueblo debía aprender los elementos de la lengua hablada y escrita; las reglas del cálculo, los principios de agrimensura y algunas nociones prácticas sobre los principales fenómenos de la naturaleza; las escuelas centrales, para las clases más elevadas y donde la juventud aprendería matemáticas, física, química, historia natural, higiene, artes y oficios, dibujo, humanidades, lenguas antiguas y vivas, las más apropiadas á las localidades, gramática general, lógica y análisis, historia, economía política, elementos de legislación, todo con el mejor orden para el desarrollo del entendimiento; la escuela normal, donde debían formarse, bajo la dirección de los sabios y literatos más célebres, jóvenes profesores que irían después á propagar en toda Francia la instrucción adquirida en el foco de las luces, y por último, las escuelas especiales de medicina, derecho y veterinaria.

Además de tan vasto sistema de educación, destinado á difundir aquella civilización que tan injustamente se acusaba á la revolución de haber proscrito, la Convención acordó conceder premios por trabajos de toda especie. Acababa de ordenarse el establecimiento de diversas manufacturas, concediéndose á los suizos, expatriados por causa de los disturbios, varios dominios nacionales en Besançon, á fin de organizar allí una fábrica de relojes. La Convención había pedido además á sus comités proyectos de canales, planes para bancos y un sistema de adelantos para ciertas provincias arruinadas por la guerra, y suavizó algunas leyes que podían perjudicar á la agricultura y al comercio. Muchos labradores y artesanos que habían abandonado la Alsacia al evacuarla Würmsér, Lyon durante el sitio y todo el Mediodía desde los rigores con que se trató al federalismo, fueron distinguidos de los emigrados, dándose una ley por la que los labradores y artesanos que hubiesen salido de Francia después del 1.º de mayo de 1793 y quisieran volver antes del 1.º germinal, no serían con-